

# Costa Rica ante el espejo relativo de su pequeña gran selección



—» **ÁLVARO MURILLO**  
Periodista especializado en cobertura política, con estudios en Relaciones Internacionales y máster en Periodismo del Programa Columbia / Universidad de Barcelona. Escribe en el *Semanario Universidad* y en varios medios internacionales, incluido *El País* de Madrid.

Tal vez no sea anecdótico que la mayoría de ceremonias de cambio de gobierno en Costa Rica se hayan celebrado en el Estadio Nacional de fútbol o que los últimos dos triunfos electorales se hayan festejado en la cancha de fútbol pública del centro de Montes de Oca, el cantón universitario ubicado al costado este de la capital, San José.

Tal vez tampoco sea anecdótico que todos los gobiernos en Costa Rica empiecen un mes antes de cada mundial de fútbol. Como si alguien hubiera pensado en empatar los cuatrienios del calendario



Ilustración: Guillermo Tell Aveledo

planetario de la FIFA y el ciclo gubernamental costarricense desde mitad del siglo XX, cada nuevo presidente sabe que tiene solo un mes de atención plena a partir del 8 de mayo. En la segunda semana de junio, aún en la luna de miel del gobernante, los *ticos* dirigen sus miradas a las pantallas para ver la Copa Mundial y, sobre todo, a su selección nacional, que se ha clasificado a cuatro de los cinco campeonatos de este siglo.

Suelen quedar atrás humeantes las campañas electorales —convertidas en tiempos recientes en batallas existenciales sobre el ser colectivo— y rápido cambiamos el canal porque nos urge sentirnos unidos otra vez, sea con decepciones como las de Japón-Corea 2002 o Alemania 2006, o con desquicios triunfales como el de Brasil 2014. Lo de *unidos* es claramente una aspiración que solemos dar por cierta en este país que se ha *mediodesarrollado* sobre la base de una clase media, sin elites estratosféricas ni grandes cordones de miseria; un país mayoritariamente mestizo, con menos sangre indígena que los vecinos y una autopercepción de *igualíticos* que sirve también para invisibilizar los retazos de desigualdades sociales, étnicas o de género.

El país más feliz de América Latina, con sus índices de bienestar superiores a los promedios regionales y una fama de *pura vida* que eventualmente se cumple en el día a día, ama verse reflejado en el espejo de su selección de fútbol. Es ese estilo de más técnica y poca fuerza, con más chispa que músculo, la razón por la que muchos jugadores cuando salen al exterior descubren su desventaja física, como le pasó al capitán de la Selección, Bryan Ruiz, al llegar a los clubes europeos. Todavía recuerda cuando un entrenador noruego paraba los partidos de práctica para reprenderlo por haber intentado una pirueta con el balón y más bien le cargaba ejercicios de pesas. Es una imagen de país *chiquitico* y *pura vida*, reflexiona el periodista Eduardo Solano, con treinta años de experiencia en cadenas internacionales y actual director de la emisora Columbia Deportiva. «Es quizás uno de los países cuyo carácter mejor se refleja en el estilo del fútbol, para bien o para mal», afirma el comunicador antes de recordar el insulto usual que gritan en otros países centroamericanos contra los jugadores costarricenses: *culero* (homosexual, cobarde).

Sabiéndose lejos de ser una potencia futbolística, pero igualmente por encima de otros países de su área, intenta administrar el foco de éxito relativo y se debate entre el sentimiento de superioridad relativa o la autopercepción de actor *chiquitico* al que otras naciones deberían tratar con más misericordia. La observación empírica indica que a Costa Rica incluso le va mejor en el fútbol cuando los aficionados (quizás tantos como su población) creen que tienen todo perdido y suele fracasar cuando el pronóstico popular es demasiado optimista.

La participación de Costa Rica en Brasil 2014 sirve para explicar mucho de esto, aunque aún cuatro años después hay quienes siguen preguntándose qué (nos) pasó ahí. La *cenicienta tica* venía de partidos preparativos mediocres en vísperas de la Copa Mundial, en la que competía en el llamado *grupo de la muerte* contra tres excampeones mundiales: Uruguay, Italia e Inglaterra. Los pronósticos no podían ser peores dentro y fuera del país, pero los *ticos* se convirtieron en el equipo sensación del campeonato al clasificarse primeros en su grupo y llegar a cuartos de final; una tanda de penales contra Holanda les impidió alcanzar las semifinales, pero la gesta estaba hecha, entendían los hinchas.

Sin aparecer en las listas de favoritas, la Sele acabó convertida en protagonista en Brasil de una manera tan inesperada como Luis Guillermo Solís recién se había convertido en presidente de la República aunque seis meses atrás no lo conocía ni un quinto del electorado. Solís había tomado el poder el 8 de mayo ante enormes expectativas de cambio en la política tradicional, tras vencer al partido más grande e histórico del país. Había cierta ebullición ciudadana que elevaba el ánimo en buena parte de la población, pero solo cinco semanas después el entusiasmo popular se debía a lo que hacían los futbolistas *ticos* en Brasil. Cuando Costa Rica venció en serie de penales a Grecia y pasó a cuartos de final, vimos a Solís llegar a la Fuente de la Hispanidad (una rotonda en el costado este de San José que es como la Cibebes) y sumarse al festejo multitudinario de miles de aficionados. Corriendo y con la camiseta roja de la Sele, el nuevo presidente llegaba a su baño de pueblo y le salía natural.

Ningún otro mandatario tuvo tanta suerte con la coincidencia de calendarios. Costa Rica había participado en Alemania 2006 y Japón-Corea 2002 pero con malos resultados. El Mundial de Sudáfrica 2010 quedó fuera de las manos por solo minutos; en un juego contra Estados Unidos los *ticos* recibieron un gol en el tiempo extra y eso les arrebató el boleto. Tuvo que jugar la repesca contra Uruguay y ya se sabe lo que pasó luego: los uruguayos fueron la sorpresa en tierras africanas al alcanzar el cuarto lugar. El gobierno de Laura Chinchilla en 2010, la primera mujer en presidir este país, comenzó sin el aliciente de una Copa Mundial y aún hoy un ministro de entonces piensa que eso le hizo falta, que un mejor arranque le habría ayudado en la percepción popular.

El único antecedente similar al de Brasil 2014 hay que buscarlo en Italia 90, la primera Copa Mundial que disfrutaron los *ticos* con su

El país más feliz de América Latina, con sus índices de bienestar superiores a los promedios regionales, ama verse reflejado en el espejo de su selección de fútbol.

selección dentro. Un equipo artesanal, sin un solo futbolista con experiencia en clubes extranjeros, derrotó a Escocia y Suecia y, aunque cayó 0-1 contra Brasil, se clasificó a octavos de final contra Checoslovaquia. Los dirigidos por el serbio Velibor *Bora* Milutinovic fueron héroes en todo el mes de julio y el gobierno de Rafael Ángel Calderón también disfrutaba de la miel. El presidente regaló entonces un auto a cada seleccionado y una concesión de taxi que todavía uno de ellos aprovecha en las calles de San José.

Los premios otorgados por Calderón a los futbolistas de ese momento habrían provocado risa en 2014, tratándose de un equipo lleno de jugadores instalados en equipos de Estados Unidos o Europa. Entre ellos estuvo el arquero Keylor Navas antes de convertirse en el portero titular del Real Madrid y llevar al estadio Santiago Bernabéu la muletila *pura vida* de los costarricenses. El portero de rasgos indígenas y fuerte devoción cristiana cumple ya tres años como figura en uno de los clubes de alcance planetario y lo que menos desea es que el Gobierno le ofrezca un permiso para ser taxista. El fútbol *tico* ha cambiado en 24 años, es ya una industria conectada al mundo y sus jugadores aparecen en las nóminas de la *Play Station*, pero el deporte sigue siendo dueño absoluto de las pasiones colectivas en Costa Rica y de la identidad nacional. Lo prueban abundantes escenas de costarricenses acudiendo a las urnas de la elección presidencial del 2018 enfundados en su camiseta de la selección de fútbol, de marca original o falsificada, da igual.

## De la campaña al balón

La campaña presidencial del 2018, en la que resultó electo el joven oficialista Carlos Alvarado, alcanzó niveles de hostilidad nunca vistos por las generaciones actuales, con el desgaste de la política tradicional, el ascenso de un movimiento de base evangélica que capitalizaba el conservadurismo mayoritario en la población y una contrarreacción también desde la tradición católica. Estaban en juego elementos de la identidad costarricense y los sentimientos electorales pendulaban entre la esperanza y la angustia. Seis meses de una contienda incierta y cambiante hicieron que muchos costarricenses hubieran deseado que se adelantaran los resultados y en especial el mundial de Rusia 2018. En redes sociales o en conversaciones informales había un anhelo: superar la división de corte político-religiosa con el balotaje del 1.º de abril y pasar en mayo a la supuesta reconciliación con un nuevo gobierno, aunque más garantías conciliatorias ha ofrecido la expectativa por la participación de Costa Rica en la Copa Mundial en Rusia.

Carlos Alvarado, el nuevo presidente, lo entendió bien. Aunque se declara huérfano de club local y los medios lo califican más como rockero y escritor que como hincha o deportista, su discurso suele echar mano al fútbol. Comprende que es un código casi universal para hablar de la importancia del juego en equipo, de la identificación con un objetivo común o de la necesidad de mezclar destrezas y orígenes variados. En un programa de radio contaba que cuando estudiaba en Inglaterra participaba de los partiditos de amigos internacionales (*mejengas*, en jerga costarricense), que él era el portero (sospechamos que por voluntad ajena) y que le pedían que no pasara la bola a un japonés que destacaba por sus pocas virtudes con la pelota. Un día ese japonés metió el gol del triunfo y todos celebraron igual, como si hubiera anotado el compañero italiano. Ahora, *gobierno de unidad* es el concepto que el nuevo gobierno trata de instalar.

El fútbol *tico* ha cambiado, es ya una industria conectada al mundo y sus jugadores aparecen en las nóminas de la Play Station.

El 8 de mayo, con el relevo de poder de Luis Guillermo Solís (tan académico como *mejengero*) a Carlos Alvarado, los costarricenses habrán tenido el calendario en mano con la certeza de que en un mes la discusión pública pondrá sus ojos en Rusia, no en el distrito josefino de Zapote donde está la sede presidencial. La atención se posaría más sobre Óscar *Machillo* Ramírez, el seleccionador actual, conocido por su estilo de juego conservador y su origen campesino, del que no reniega. Después de tener técnicos como Francisco Maturana, Ricardo Lavolpe, Steve Sampson o René Simões, Costa Rica acude a su quinta Copa Mundial de la mano de un exmediocampista virtuoso que de no dirigir desde un banquillo, estaría criando cerdos en su finca. «Es casi una paradoja que refleja el peso ambivalente del campesino en el imaginario costarricense. Cuando pensamos en nuestros orígenes, nadie piensa en indígenas o inmigrantes, sino en el campesino (o el labriego sencillo, como dice el Himno Nacional), pero al mismo tiempo es una figura de la que renegamos y a la que frecuentemente caracterizamos como tonto», explica Carlos Sandoval, doctor en Estudios Culturales y director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, donde publicó un libro llamado *Fuera de juego* sobre los significados del fútbol en la cultura local.

Otro referente será sin duda el arquero Keylor Navas, a quien solemos ver en la televisión santiguándose en los partidos, respondiendo a la prensa siempre con palabras de buen muchacho y sirviendo de eco al simbólico *pura vida*, el país simpático, sin ejército, democrático, ecológico y de buen vivir en mitad de Centroamérica. El portero titular

del Real Madrid (el que viste diferente dentro del club quizás más mercadeado del mundo) resulta ser el *embajador* de mayor exposición de este pequeño país que aún algunos en el mundo siguen considerando una isla del Caribe.

Costa Rica (no «Costa Pobre», como tituló el editor de periódico uruguayo antes de Brasil 2014 sin imaginar cuán hiriente resultaría en un país que no disimula sus vanidades) está geográficamente en mitad de Centroamérica, pero en la cartografía del fútbol se siente diferente. Su selección está 25.<sup>a</sup> en el *ranking* de FIFA, solo superada en su área por Estados Unidos y México, los otros dos frecuentes en Copa Mundial de la región Concacaf, que incluye a centroamericanos, caribeños y norteamericanos. «Estamos para vernos las caras con Uruguay», coinciden tres entrenadores que prefieren no dar sus nombres para que no los tilden de *arribistas*.

Se basan en el historial reciente entre las selecciones de dos países que, encima, se parecen más allá de la pelota. Países pequeños ambos, con menos de 5 millones de habitantes, estables en lo político y estándares sociales similares, Costa Rica y Uruguay tienen historias frescas. Aunque el kilometraje futbolístico costarricense es incomparable con la vastedad del uruguayo, en la retina de los costarricenses habitan dos partidos que dejaron huella en los ticos. El primero de ellos, el repechaje de noviembre 2009, al que ticos llegaron todavía lamentándose del tiquete que se escapó por segundos en un juego anterior en Washington ante Estados Unidos. Las esperanzas eran pocas, pero la selección *tica* jugó con pocos complejos y por poco arrebató a Uruguay el boleto a Sudáfrica.

En un golpe de realidad, Costa Rica recordaba que su liga local es de poco dinero, con jugadores formados a veces en escuelas de fútbol y otras veces en las calles o en la cancha pública que en muchos pueblos se mantiene frente al templo católico. Son los puntos de reunión, aunque cada vez más cercan las canchas con malla y candado, como una expresión de la reducción de espacios públicos, apunta el sociólogo y futbolero Carlos Vargas, máster en Cultura y Desarrollo por la Universidad Nacional.

Aun así, *campo de fútbol + templo católico* sigue siendo la escena de postal de los centros rurales en este país que tiene nombre costero pero que prefiere mirar hacia las montañas. Los cuatro clubes principales (Saprissa, Alajuelense, Herediano y Cartago, todos del Valle Central) se reparten la mayoría de la afición y suelen ser factores de la identidad. Aún se recuerdan unas calcomanías que llevaban los autos hace algunos años con la bandera del equipo de fútbol y de uno de los dos par-

tidos políticos tradicionales. Ahora está desteñida la filiación política por el cambio generacional, pero no la identificación futbolera.

Es casi un monopolio deportivo. El único deporte capaz de mover a Costa Rica es el fútbol, aunque los jugadores deban buscar salarios altos en Guatemala, México, Estados Unidos, ligas de menor categoría en Europa y más recientemente en Asia. La prensa local los llama *legionarios* y siempre está pendiente de la imagen que dan en el mundo. Costa Rica, país de escasas materias primas y un sector agrícola estancado en el tiempo, vive en buena medida de su imagen para atraer turismo (casi dos visitantes anuales por cada cinco pobladores), inversión extranjera y socios para el comercio internacional propio de una economía abierta. Y para ello también importa el buen nombre que puede dejar el fútbol. «Ver a un jugador como Celso Borges que habla varios idiomas públicamente nos hace ver como una población educada y preparada en otros campos», celebraba en 2014 ante la prensa Mónica Segnini, entonces presidenta de la Cámara de Exportadores de Costa Rica.

Los ticos se convirtieron en el equipo sensación de Brasil 2014 al clasificarse primeros en su grupo y llegar a cuartos de final.

## Un espejo a medias

A la imagen de país educado, ecológico, pacífico y democrático se le suman ahora las escenas festivas de Brasil 2014 que comenzaron el 14 de junio en Recife con el partido ante Uruguay... de nuevo Uruguay. La rivalidad empezaba a tomar un cariz especial para los ticos, que prefieren compararse en fútbol con países de fuera de Centroamérica pero tampoco caen en la tentación de considerarse una potencia regional. A esa Copa Mundial llegaban disminuidos por los juegos preparatorios y la noticia de la lesión de su principal goleador y de un chico lateral que jugaba en la Premier League inglesa. El seleccionador, el colombiano Jorge Luis Pinto, aparecía mencionado en Twitter con la etiqueta #FueraPinto y los análisis internacionales no dejaban de poner énfasis en los tres rivales: el grupo de la muerte («Diego Armando Maradona: “yo siendo costarricense me tengo que pegar un tiro”»). Las críticas a la selección eran recibidas como críticas al país. «Nosotros tenemos derecho a ser pesimistas, pero no tenemos por qué soportar que se rían de nosotros», me decía enojado un editor jefe del diario donde trabajaba en ese momento.



El político y escritor Alberto Cañas murió en San José justo durante ese partido. El delantero Joel Campbell acababa de anotar el 1-1 cuando se conoció el fallecimiento de Cañas, una figura nacional de la elite intelectual que solía lamentarse del ascenso de poder político de la *gradería de sol*, como metáfora del populacho inspirada en los que aún vamos a los estadios de fútbol. Aún así, él había hecho encargar una pizza para ver el partido en casa y participar de la reunión virtual de alcance nacional.

Unos criticábamos y otros celebraban el empate 1-1 como una victoria relativa. Cada uno oraba, sufría o ansiaba vestido con una camiseta igual a la que llevaban los jugadores *ticos* y que a muchos serviría después para mostrarse patrióticos en la fiesta nacional del Día de la Independencia, el 15 de septiembre. El deseo de triunfo era obvio, pero Costa Rica sabía que había más cosas en juego. Quizás por eso los reportes de la prensa internacional mencionaban la sencillez del equipo, el espíritu colectivo, el buen liderazgo de Navas y el nivel educativo de los futbolistas.

La prensa local reprodujo una columna del periodista español Diego Torres publicada en *El País* de Madrid con el título «La fuerza de la educación», en la que hablaba justamente de asuntos más allá de la pelota. El reportero había entrevistado al mediocampista Celso Borges y lo consideraba el cerebro del equipo. De corrido le atribuía una cita de colección:

Claro que la educación nos ayuda [...] Los futbolistas necesitamos que la información que recibimos y trasladamos sea eficaz. Mientras más estudias, más aprendes a analizar las cosas, a entender funcionamientos e instrucciones. En nuestra selección hay tan buen entendimiento en el campo porque hay gente que es muy cognitiva. Gente siempre muy alerta. Dispuesta a aprender. El estudio nos ayuda a interiorizar la táctica.

Costa Rica tiene uno de los mejores sistemas de educación de América Latina, con una amplia red de escuelas y colegios públicos. El Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés) colocaba a Costa Rica en segundo lugar en el continente, según datos de 2009. «Si de fútbol se tratara, estaríamos en la final de la Copa América —con empate técnico ante Chile— pero aún lejos de poder competir de igual a igual con las grandes potencias del mundo», comparó Leonardo Garnier, ministro de Educación en 2012.

Eso importaba durante Brasil 2014, después de que Costa Rica venció a Uruguay 3-1. La primera anotación fue del hábil delantero Joel

Campbell, negro como el 1% de la población. La segunda, de Óscar Duarte, un defensor nacido en Nicaragua y traído a Costa Rica por su madre, como tantos inmigrantes de su país, el 9% de los extranjeros residentes en suelo costarricense. La tercera, de un delantero menudo criado en la zona rural de San José que para entonces jugaba en la liga rusa.

La figura, sin embargo, seguía siendo el portero Navas. Su rostro de piel morena y rasgos indígenas heredados de sus antepasados borucas (indígenas del sur del país) acompañaba a muchas noticias en el mundo. De él alababan su liderazgo y la devoción cristiana, que se manifestaba con cada jugada de peligro, como una muestra de la alta religiosidad de una población en su mayoría católica junto con un fuerte crecimiento de protestantes neopentecostales, como se reflejaría en las elecciones del 2018.

La composición del equipo nacional reflejaba en Brasil buena parte de los rasgos de la sociedad. Un tercio de los jugadores eran también padres y una proporción igual se criaron sin un papá a la mano, como ocurre en la población. Venían de las siete provincias del país y de distintas posiciones sociales. Aunque varios representaban a las clases populares, Celso Borges llevaba la bandera de los mejor educados, egresado de una escuela privada y bilingüe adonde van los hijos de la clase media alta. Su padre, Alexandre Borges Guimaraes, nacido en Brasil, había sido el mediocampista que en Italia 90 había dado el pase para el gol de la clasificación a la ronda siguiente. 24 años después, el hijo Celso llegaría más lejos, en una Copa Mundial celebrada en la tierra de sus antepasados.

Como Celso y Duarte, el mediocampista Bryan Ruiz también es hijo de extranjero. Aunque no creció junto a su papá cubano, sus raíces sumaban variedad a la mezcla de la selección en Brasil y lo hará también en Rusia, porque el equipo apenas ha cambiado. La mayor variante es quizás la incorporación de un enorme defensor llamado Kendall Waston, de 1,96 de estatura, quien el 7 de octubre de 2017 anotó ante Honduras un gol agónico con el cual Costa Rica selló su paso al campeonato mundial en Rusia. El partido contra el vecino centroamericano se había complicado mucho y la orden de Machillo Ramírez para *el gigante* fue abandonar la defensa y subir a buscar el gol por estatura. Así ocurrió en el último minuto. De nuevo Costa Rica festejaba un pase mundialista, aunque a nadie le agradaba que tanto hubiera costado contra los hondureños. Una vez más se hacía evidente el dilema de superioridad regional. Hacía tres días había comenzado formalmente

El único deporte capaz de mover a Costa Rica es el fútbol.

la campaña electoral y las camisetas rojas iban a ser muy útiles para quienes preferían evitar la divisa política, tan venida a menos.

Pasarían los seis meses de la campaña electoral impregnada de religión y de la supuesta defensa de los valores tradicionales costarricenses. Los partidos históricos quedaron fuera de la segunda ronda y el país se polarizó entre el candidato de un pequeño partido evangélico, Fabricio Alvarado, y el oficialista progresista Carlos Alvarado. Una encuesta de la Universidad de Costa Rica indicaba que entre los seguidores del primero había esperanza, y en los del segundo, angustia, por el ascenso de una opción que consideraban fundamentalista en lo religioso e improvisado en sus planes de gobierno. Ambos, representantes de una nueva generación política, apelaron a un mensaje de unidad nacional mientras el pequeño país se partía aparentemente en dos por criterios preponderantemente religiosos. Estaba en juego la esencia y la identidad costarricense como quizás no lo habían experimentado antes las generaciones actuales.

Urgía que acabara la contienda electoral. Los grupos de WhatsApp y las plataformas digitales abiertas mostraban mensajes hostiles contra *panderetas* (forma despectiva de llamar a los feligreses) y *ateos abortistas*, contra las *clases ignorantes* (personas de menor educación que apoyaban al evangélico) y los *petulantes intelectuales*, los *dinosaurios* (retrógrados) y los *playos* (homosexuales), los que polarizaban y los que creían ser conciliadores. Urgía que acabara la campaña el 1.º de abril y bajarle decibeles al jaleo. La regla popular indica que conviene nunca discutir de política, religión o fútbol, pero es precisamente de lo que más se discute. Bienvenido sería el tono cordial del candidato ganador y del perdedor, pero parece difícil para el gobierno entrante disipar la humarada. Se verá cuánto ayuda ver rodar la pelota en Rusia y sentir que, de nuevo, *vamos* a deprimirnos o enaltecernos, pero aparentemente juntos.